

LA PSICÓLOGA

HELENE FLOOD

LA PSICÓLOGA

Traducción de Bente Teigen Gundersen
y Mónica Sainz Serrano

 Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Terapeuten*

© Helene Flood

2019, Publicado por primera vez por H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard), Oslo

Publicado de acuerdo con Oslo Literary Agency

© 2020, Traducción: Bente Teigen y Mónica Sainz

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

La traducción de esta obra ha merecido una subvención de NORLA



Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22270-5

Primera edición en formato epub en México: julio de 2020

ISBN: 978-607-07-6800-2

Primera edición impresa en México: julio de 2020

ISBN: 978-607-07-6793-7

Canciones del interior:

Pág. 164 © *All of me*, 2004, Acoustic Records, creada por Gerald Marks & Seymour Simons e interpretada por Billie Holiday.

Pág. 284 © *Blackbird*, 2009, Calderstone Production Limited (una división de Universal Music Group), creada e interpretada por The Beatles.

Pág. 365 © *La Canción de Solveig de la Suite n° 2*, 2018, Countdown Media GmbH (BMG), creada por Peer Gynt e interpretada por Edvard Grieg.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Viernes, 6 de marzo: el mensaje

Fuera todavía estaba oscuro cuando se marchó. Me desperté cuando se inclinó sobre mí para besarme en la frente.

—Me voy ya —susurró.

Me di la vuelta, aún adormilada. Él llevaba el abrigo puesto, la bolsa colgando del hombro.

—¿Te vas? —murmuré.

—Sigue durmiendo —dijo.

Oí sus pasos en la escalera, pero me quedé dormida antes de que cerrase la puerta tras de sí.

Cuando me despierto, estoy sola en la cama. Por la ranura que queda entre la persiana y el marco de la ventana se filtra un tenue rayo de sol que me da en los ojos y me arranca del sueño. Son las siete y media. No es mala hora para levantarse.

Me dirijo descalza hacia el cuarto de baño, sorteando las virutas de madera aglomerada que hay sobre la alfombra del pasillo y los húmedos palés de madera que cubren el suelo de adobe del lavabo. No tenemos lámpara de techo ahí dentro, pero Sigurd colocó un foco de trabajo cuando retiró los azulejos y ahí sigue, como una presencia inquietante. Por suerte, a esta hora hay luz natural suficiente como para no tener que encenderlo. Es práctico, como todos los focos, pero su luz es despiadadamente blanca y hace que me sienta como si me estuviera bañando en un vestuario de escuela. Abro el grifo para que el agua se vaya templando mientras me desnudo. Hay que cambiar el calentador, pero Sigurd suele bañarse rápido y yo hoy no voy a lavarme el pelo, por lo que habrá agua caliente para los dos.

La mampara de la ducha es de plástico. También se suponía que iba a ser temporal. Sigurd ha diseñado una ducha para nosotros, una cabina de ladrillo con puerta de vidrio y pequeños azulejos blancos salpicados de azul. De todas las habitaciones a medio hacer que hay en la casa, es en el cuarto de baño donde esa situación resulta más evidente. Los azulejos viejos han desaparecido y los nuevos no han sido colocados aún. No tenemos iluminación, ni cortinas en condiciones. Caminamos por encima de palés para no estropear el suelo, hay un agujero en la pared del que sale el agua, y tenemos esta mampara provisional, un vestigio del abuelo materno de Sigurd. Durante un tiempo conseguí imaginarme cómo llegaría a ser la casa cuando deambulaba por ella en obras: los azulejos salpicados de azul, las paredes lisas, los focos empotrados; notaba las cálidas baldosas bajo las plantas de los pies, el agua caliente perfectamente regulada por una regadera

moderna con varias funciones. Ahora, en cambio, lo único que veo es todo el tiempo que esto nos va a llevar. Mientras pongo la mano bajo el chorro de agua y noto que la temperatura va subiendo, me doy cuenta de que, de alguna manera, he dejado de creer que vayamos a terminar la casa algún día.

El agua caliente me despeja. Aquí dentro hace frío. En el dormitorio se está bien, pero el cuarto de baño está congelado. El invierno ha sido largo, y me he pasado todas las mañanas dando saltitos desnuda con una mano debajo del chorro de agua. Ahora, al menos, se va acercando la primavera. El baño me sienta bien, martillea mi fría piel; acumulo agua con las manos y me mojo la cara, sintiendo que por fin dejo la noche atrás y el día se aferra a mí.

Viernes. Tres pacientes, la pandilla habitual de los viernes. Primero Vera, luego Christoffer y, finalmente, Trygve. Es mala idea poner a Trygve el último un viernes, pero resulta muy tentador cada semana cuando acabo la consulta. Acumulo agua con las manos de nuevo, me la echo en el rostro y me froto las mejillas. Sigurd se quedará en Norefjell con sus amigos hasta el domingo. Estaré sola todo el fin de semana.

Regreso a la habitación para vestirme, no quiero estar en el baño ni un segundo más de lo necesario. Me siento en la cama. Noto un denso olor a sueño, mío seguro, y quizá también suyo. No he mirado el reloj cuando se ha ido, tal vez hayan pasado ya varias horas. No tenemos ningún armario, pero Sigurd ha montado una barra de metal entre el conducto de la chimenea y la pared en la que hemos colgado vestidos, camisas y chamarras. Su ropa está colocada de cualquier manera; la mía está dispuesta por colores en una fila ordenada. Miro la suya: no parece que

falte nada, pero también es cierto que se iba directo a la montaña. La bolsa que había en el suelo no está, y recuerdo que la llevaba colgada del hombro cuando se ha ido. Me pongo unos pantalones, me visto de forma sencilla y elegante para el día y, mientras elijo una fina blusa de color azul, pienso que en tan sólo cuestión de horas puedo volver a venir aquí y agarrar algo de ropa deportiva si decido ir al gimnasio, o ponerme un pantalón de pijama y una camiseta amplia si prefiero no salir. Únicamente tengo tres pacientes.

Tres pacientes es en realidad muy poco. Debería atender a cuatro todos los días, y lo óptimo sería tener cinco uno o dos días a la semana. Ésos fueron los cálculos que hice cuando empecé a trabajar por mi cuenta.

—En un consultorio privado hay menos papeleo —le dije a Sigurd mientras lo planificábamos sentados en la cocina de nuestro viejo departamento en el parque de Torshov, elaborando el presupuesto en una hoja de Excel—; podría atender a cuatro pacientes todos los días sin problemas, quizá cinco. Cinco la mayoría de los días. Al menos una vez por semana, pero, vamos, no nos vendría mal algo más de dinero.

Nos reímos.

—No vayas a matarte de trabajo... —contestó Sigurd.

—Mira quién habla —repliqué.

Él empezó a trabajar por su cuenta en esa misma época, había hecho sus propios cálculos, que introdujo en la misma hoja de Excel. Mínimo ocho clientes a la vez, aunque si pudieran ser diez, mejor. Ayudaría a los otros socios cuando lo necesitaran; todas las horas contaban.

—Habrá que hacer algunas horas extras —nos dijimos—, pero eso significa más ingresos, es dinero para el bote común.

Ahora casi todos los días tengo tres pacientes y es excepcional que reciba a cinco en una misma jornada. ¿Por qué ha acabado siendo así? Encontrar pacientes resulta más difícil de lo que había esperado, y los adolescentes cancelan sus citas a menudo, pero eso es sólo parte del motivo. Me abrocho los últimos botones de la blusa, que queda cerrada de forma decorosa. Se me olvidó calcular un factor importante aquel día en la cocina de Torshov, con la vieja lámpara de escritorio de Sigurd iluminando la computadora y los papeles sobre los que garabateábamos: el factor humano. Incluso yo, que disfruto de la soledad, necesito de los demás. Descarté a mis compañeros de un plumazo, y jamás habría imaginado que me sentiría sola. Que eso me convertiría en una persona pasiva. Si alguien me hubiese dicho hace un año lo duro que iba a ser promocionarme para conseguir más pacientes, las reticencias con las que iba a encontrarme, no lo habría creído.

Para mí, el desayuno es la mejor comida del día. Me siento frente a la isla de la cocina con el periódico, una rebanada de pan y una taza de café. Prefiero comer sola. Sigurd siempre se va temprano, tras beberse de un trago el café de pie junto a la barra. A mí me gusta tomarme mi tiempo. Leer los artículos de opinión del *Aftenposten*, las reseñas de cine. Contemplar el día.

Ha dejado su taza sin recoger. Está ahí, en la barra, junto a la pila. Las superficies de la cocina son una de las pocas cosas de la casa que están bastante terminadas, y la barra es tan brillante

que, desde donde estoy sentada, puedo ver el semicírculo de café que hay debajo de su taza. Cómo no. Es posible que la capacidad de observar una mancha de café debajo de una taza, migajas de pan bajo la tostadora o gotas de agua sobre la superficie de la barra sea una diferencia biológica entre hombres y mujeres. Sigurd quiere tener una casa bonita, lo planifica todo al milímetro, dibuja planos minuciosos e imponentes presentaciones con gráficos, pero falla en lo que a los detalles se refiere. Meter la taza en el lavavajillas. Limpiar la barra. Recoger la computadora por la noche. Son pequeñas cosas sin importancia, así que, ¿por qué me quejo?, ¿por qué dejo que me irriten? Sin embargo, por otro lado me pregunto: ¿por qué no puede sacrificar los tres segundos exactos que tardaría en hacerlas?

Estoy pensando en eso cuando miro el perchero de la pared donde suele estar el portaplanos de Sigurd. Lo usa para transportar los planos que trae y lleva de vuelta al trabajo, es un tubo gris de plástico duro con una correa negra sujeta a cada extremo, y siempre lo cuelga en la misma percha cuando lo trae a casa. Arrugo la frente mientras contemplo el colgador vacío. ¿No iba a conducir directamente hasta casa de Thomas para recogerlo? ¿No lo dijo de forma explícita? Y ¿no estaba el portaplanos colgado en el gancho anoche?

Siempre me ha parecido muy difícil pasar por alto las incoherencias: veo a la gente hacerlo y la envidio por ello. Sigurd no iba a ir a la oficina, aunque quizá yo lo malinterpreté. Iba a ir directamente a casa de Thomas, dijo, o tal vez yo lo oí mal; es posible que tuviera que resolver algo rápido en el trabajo primero. Puede que dejara el portaplanos en el trabajo, y cuando recuerdo

que estaba aquí ayer, en realidad estoy pensando en el día anterior. Las cosas deben de ser mucho más fáciles de ese modo. Los que tienen mala memoria parecen menos desconfiados a ojos de los demás, menos obstinados. Pongamos por caso este ejemplo: recuerdo, sin ninguna duda, que ayer estuvimos hablando de sus planes para hoy, que me levanté del sofá (en nuestro rincón provisional para el sofá) y me acerqué a la cocina para vaciar las últimas gotitas del té en el fregadero, tirar la bolsita de té a la basura y meter la taza en el lavavajillas; recuerdo que me volteé, quizá a un metro de la isla de cocina donde ahora estoy sentada, y le dije a Sigurd: «Entonces ¿a qué hora se van mañana?». Y recuerdo verlo a él con la misma claridad que si estuviese viendo una imagen suya, de esas que tienen una resolución fantástica, mil millones de megapíxeles, de modo que cada impureza de la piel queda plasmada en detalle. Recuerdo su suéter desgastado y los pantalones agujereados que a menudo lleva por las noches, recuerdo que se pasó una mano por los rizos alborotados, que me miró con los ojos entornados, cansados, como si lo despertase, y dijo:

—Eeh... Me voy temprano. Intentaré estar en casa de Thomas a las seis y media.

Y yo repuse:

—¿A las seis y media?

Y él dijo:

—Sí. Así llegamos por la mañana y podemos pasar todo el día en la pista.

Luego tal vez lo olvidó y se llevó el portaplanos. Quizá pensó en trabajar un poco desde la cabaña. Después a lo mejor cambió de idea y decidió pasarse por la oficina.

Mi memoria es demasiado precisa. Recuerdo con excesiva nitidez su aspecto cuando hablamos del tema: llevaba puesto ese espantoso suéter beige con el cuello negro, el que parece comprado por su madre, y de hecho así es, fue ella quien se lo compró, antes de que él me conociera; me lo aseguró la primera vez que osé comentar lo horripilante que era. Es un detalle totalmente insignificante, no algo que necesite recordar. Como tampoco es importante, por ejemplo, recordar que respondí «de acuerdo» y di media vuelta, y que cuando hube dejado la taza de té y eché un vistazo al sofá, él ya estaba sentado con la computadora sobre el regazo y los ojos clavados en la pantalla, el ceño fruncido, la boca entreabierta, y que yo reprimí el impulso de pedirle que encendiese más luces: «Vas a estropear la vista, y quítate la computadora del regazo: reduce la calidad del esperma, y es posible que necesitemos que, en algún momento, la calidad sea óptima. Y no te quedes en el sofá con el cuello inclinado: vas a acabar con dolor de espalda».

En vez de ello, lo único que dije fue:

—Subo a acostarme. Buenas noches.

Todo esto carece de importancia. Hay que saber distinguir lo que tiene importancia de todo lo demás. Si uno lo recuerda todo, es más difícil discernir lo verdaderamente significativo, lo que es preciso recordar.

Desde la ventana del cuarto de baño puedo ver cómo el primer paciente del día sube por el sendero en dirección a mi consultorio, situado encima del garaje. Vera inclina un poco la cabeza

hacia delante cuando camina, lo que le confiere unos andares muy característicos, la manera de moverse de una adolescente que todavía no se ha acostumbrado a su cuerpo adulto. Si le preguntases a ella, diría que se siente bastante adulta. Inspiro hondo y la sigo con la mirada hasta que entra en la oficina. Sólo tres pacientes y, luego, fin de semana. Me siento cansada, y eso que acabo de levantarme.

Me lavo los dientes mientras hago equilibrios sobre uno de los palés que Sigurd trajo de una de sus visitas de obra y que luego colocó en el suelo del baño. El lavabo pertenecía al viejo abuelo Torp, igual que la mampara de la ducha, lo que significa que fue instalado antes de 1970 y que jamás se ha renovado, a menos que el viejo Torp lo hiciera por su cuenta. El grifo tiene una llave para el agua fría y otra para el agua caliente, y, cuando las miro, hasta puedo ver sus retorcidas manos castigadas por la artritis girándolas. El abuelo de Sigurd no creía en los bienes terrenales. Según él, era inevitable que los comunistas acabaran gobernando Noruega. Debió de sentirse decepcionado por el hecho de que tardasen tanto, llevaba esperándolo desde los años cincuenta. Hasta su último suspiro, en la oficina del desván, siguió manteniéndose firme como una roca en sus convicciones, pese a la caída de la Unión Soviética y el ascenso de China como superpotencia económica mundial. El viejo zorro debió de sentirse abatido, no obstante, cuando su salud empeoró al mismo tiempo que los estados comunistas del mundo iban rindiéndose a las ideas capitalistas. Vivió sus años dorados durante la guerra fría, y su orgullo era evidente cuando contaba a todos sus invitados, por lo general la madre de Sigurd, Sigurd o yo misma,

que los servicios de inteligencia de la policía habían abierto un expediente sobre él en los setenta. Sin embargo, tras su muerte el año pasado lo único que queda de él son los recuerdos de esta casa: sus viejas estufas y sus grifos, y la oficina del desván, que de momento sigue intacta, con sus estanterías de varios metros repletas de libros, pilas de revistas del partido comunista noruego, mapas con pequeñas chinchetas que señalan lugares que el abuelo Torp consideraba objetivos de importancia estratégica y el viejo revólver oxidado —cuyo dueño, por lo visto, había luchado en la Revolución rusa— que había adquirido en la década de los setenta para protegerse o para darles motivos a los servicios de inteligencia para vigilarlo de cerca.

La muerte del viejo Torp nos brindó a Sigurd y a mí la posibilidad de cumplir el sueño de tener una casa propia. En los años cincuenta, Nordberg había sido una zona de la ciudad como otra cualquiera, pero con el tiempo su prestigio se ha ido incrementando y, en 2014, resultaba imposible del todo para parejas jóvenes como nosotros hacerse con el suficiente capital como para asentarse en esta zona. De camino al metro tras visitar el viejo caserón podríamos haber exclamado entre suspiros: «pero mira la vista», «está en pleno entorno natural, muy cerca de los bosques», «a pocos minutos de la ciudad», y «desde aquí se puede contemplar el fiordo». Pero para qué hacerlo. Una casa adosada en un suburbio alejado y sin vistas a ningún sitio era lo único que podíamos permitirnos. No obstante, dos días después de que el anciano fuese encontrado, de que se lo declarara muerto y se enviara el cuerpo a una funeraria para los

preparativos del entierro, la madre de Sigurd llamó por teléfono y dijo:

—Oye, ¿no sería la casa del abuelo en Kongleveien perfecta para ustedes?

Margrethe es hija única y vive en un moderno chalé en Røa. El hermano de Sigurd, Harald, vive en San Diego y no necesita casa en Oslo. Tras la muerte del padre de Sigurd, Harald se convirtió en propietario de su cabaña, que prometió no vender hasta que la madre de ambos fuera demasiado mayor para poder disfrutar del lugar, y también recibirá su parte, en el futuro, cuando se venda la casa de Margrethe. De modo que la casa del viejo Torp nos fue cedida a nosotros.

Un detalle incómodo sobre la muerte del viejo Torp es que pasaron casi tres semanas antes de que lo encontrasen. Murió en su oficina, justo encima del dormitorio que Sigurd y yo compartimos ahora, mientras estaba sentado con un termo de café, contemplando un mapa de la época en la que todavía había una Alemania del Este y otra del Oeste. Lo más probable es que se le parase el corazón. No fue ninguna sorpresa, ya que el hombre tenía casi noventa años. Tampoco era un tipo especialmente sociable y no recibía visitas de otras personas que no fueran miembros de su familia más cercana. Margrethe estaba de viaje cuando sucedió, en una de sus estancias de dos meses en lugares más cálidos, y al principio Sigurd y yo nos habíamos encargado de visitarlo cada semana para comprobar que todo fuese bien. Pero estábamos ocupados, teníamos trabajos y vida propia, y dejamos de ir alguna que otra semana. Cuando volvimos,

más de dos semanas después, nada más introducir Sigurd la llave en la cerradura notamos el silencio.

—¿Abuelo?! —voceó Sigurd.

Recuerdo que nos miramos el uno al otro con una sonrisa de disculpa, sintiéndonos algo culpables por haber dejado al viejo comunista solo tanto tiempo. Cuando pienso en aquella sonrisa de Sigurd ahora, veo la tensión que albergaba, como si se hubiese puesto seguros en las comisuras de los labios para mantenerla. Me siento tentada de decir que ya lo sabíamos, aunque sé que resulta demasiado dramático. Pero quizá nuestro sentimiento de culpa influyó a la hora de presentir que algo iba mal.

—¿Abuelo?

Fui yo la que lo encontró. Tenía la cabeza gacha, y el rostro sobre el mapa. Su piel estaba gris y rugosa, seca como el cuero e igual de exánime, salpicada de los hematomas que adquieren los cadáveres cuando llevan demasiado tiempo sin vida. Es una imagen que me gustaría poder borrar. Las uñas amarillentas parecían a punto de desprenderse. A los huesos de la nuca no les faltaba mucho para emerger a través de la piel de pergamino muerta. Flotaba un denso y concentrado olor a carne en proceso de descomposición. Apenas he subido a ese cuarto desde entonces. Tal vez aquella conmoción fue lo que hizo que Margrethe decidiera ofrecernos la casa.

Queríamos hacer cambios de inmediato, arrancar los recuerdos de las paredes, vaciar la vivienda de la presencia de esa imagen y sentirla nuestra. Sigurd comenzó a hacer planos enseguida, yo elaboré presupuestos. La recién adquirida libertad económica nos brindaba algunas posibilidades. Algunos antiguos

compañeros de facultad de Sigurd querían abrir su propio estudio de arquitectura y lo habían invitado a formar parte del proyecto. Ya no había ninguna cuota de comunidad ni hipoteca que pagar, y con la venta de nuestro departamento obtuvimos la cantidad necesaria para que Sigurd se convirtiera en socio del estudio. Yo estaba a disgusto en mi trabajo de atención psicológica a adolescentes en el sector público. Ahora tendríamos sitio para instalar un consultorio en nuestro hogar. La casa marcaba el comienzo de algo nuevo para nosotros. Cuatro días antes de mudarnos, fuimos al ayuntamiento de Oslo para casarnos. Luego comimos tarta Napoleón en la pastelería Halvorsens Conditori con mi hermana y los dos mejores amigos de Sigurd, acompañados de sus novias. No iba a cambiar nada, seguiríamos siendo los mismos, pero queríamos tener todo el papeleo en regla. La primera noche que pasamos en la casa dormimos sobre un colchón inflable en el salón. Brindamos con pro-secco y nos dijimos: «Ahora empieza todo».

Pero deshacerse del viejo Torp resultó más difícil de lo que habíamos imaginado. La remodelación llevaba tiempo. Poner en marcha nuestros respectivos trabajos también. Sigurd hacía muchas horas extras, y el plan de remodelación requería, ante todo, su presencia, su competencia, sus manos hábiles. Habíamos comenzado con excesivo entusiasmo y optimismo. Habíamos retirado tiras de papel pintado y los azulejos del baño. Hicimos progresos: teníamos cocina nueva y una oficina para mí encima del garaje. Pero, con el tiempo, todo aquel ímpetu empezó a decaer. Sigurd aceptó más clientes, y trabajaba jornadas más largas. Permanecía encorvado sobre su mesa de dibujo todo el día. Llegó el invierno, más frío, más oscuridad, y nos quedamos sin energías. Cuando

acabábamos de trabajar no teníamos ganas de pintar, no nos daban ganas de ir a Maxbo a mirar regaderas o grifos, ni a la tienda de azulejos o a la de pinturas, no preparábamos masilla para tapar grietas, ya no arrancábamos tiras de papel pintado, sino que nos hundíamos en el viejo sofá que habíamos traído de Torshov y veíamos la tele. A menudo Sigurd no regresaba a casa hasta muy tarde por la noche, con la espalda cansada y el portaplanos colgando del hombro.

«En verano —dijimos— dedicaremos las vacaciones a terminar la remodelación.» Ahora quedan algo más de tres meses y me asusta haber perdido la fe. Ocurrirá alguna otra cosa. Llegará el otoño, y luego el frío, habrá otro invierno largo en el que me tocará ir dando saltitos con los pies descalzos y congelados sobre los palés del cuarto de baño.

Tengo mi oficina en el piso de encima del garaje. Allí hay una sala de espera pequeñísima, con una estantería, una silla de madera y una diminuta mesa con revistas, y luego una puerta que conduce a mi consultorio. Vera está sentada en la silla, esperando. Tiene una revista sobre el regazo, pero intuyo que no la está leyendo. Alza la mirada cuando entro.

—Hola, doctora —dice.

Va recién peinada y desprende un aire de frescura matutino.

—Hola —contesto—. Espera un momento, sólo voy a... Ahora te aviso para que pases.

—De acuerdo —dice diligente con una ceja enarcada, un gesto que a menudo observo en su rostro, el pequeño atisbo de ironía que otorga a la mayoría de sus comentarios.

Entro en el consultorio y cierro la puerta para que Vera no siga mis movimientos ahí dentro y recree con su imaginación todo lo que hago.

Sigurd ha resuelto bien la remodelación del consultorio. No es grande, y el techo inclinado no facilitaba que se pudiera aprovechar el espacio. Derribó la pared en uno de los laterales cortos, el que está orientado a la entrada de coches, y la sustituyó por un vitral de arriba abajo. Ahí están colocados mis sillones, dos bonitas butacas de Arne Jacobsen, separadas por una pequeña mesa. Cuando nos sentamos ahí, mis pacientes y yo estamos en el lugar más luminoso del consultorio. En el techo, encima de las butacas, Sigurd ha instalado una ventana para que entre luz, y un par de lámparas sencillas crean un ambiente agradable en el rincón, al abrigo de las tempestades del otoño y del oscuro y gélido invierno. Junto a la otra pared corta, la que separa el consultorio de la sala de espera, ha colocado mi pequeño escritorio blanco. Ha puesto estantes a lo largo de la pared a ambos lados de la puerta, hasta el ángulo del techo, para así tener suficiente espacio para mis libros y archivadores. La pared corta y el suelo son de madera clara y alegre, las paredes largas están pintadas de blanco, y todo es muy moderno y acogedor. He colocado un par de plantas donde el techo inclinado desciende hacia el suelo y, aunque es difícil mantenerlas con vida, porque la temperatura baja bastante cuando apago la estufa eléctrica al final del día, otorgan calidez a la estancia. «Aquí dentro puedes respirar —parece decir la habitación—. Puedes ser tú mismo. Nada de lo que digas en este sitio será juzgado, compartido con terceros ni ridiculizado.» Eso era lo que quería, un consultorio que invitase a entrar a mis pacientes. Y lo he conseguido. Gracias a Sigurd.

Pero ahora Vera está sentada fuera, esperándome, y me noto cansada. No tengo ganas de invitarla a pasar. Me siento frente a mi escritorio y enciendo la computadora. Me pongo a leer las anotaciones de la última vez, aunque realmente no lo necesito; recuerdo perfectamente de qué hablamos. Quiero tiempo, postergar el momento en el que tenga que ir a buscarla. No sé por qué lo hago, o más bien no quiero pensarlo. Un terapeuta se preocupa por sus pacientes, y Vera me importa, pero no puedo obviar el hecho de que las consultas con ella resultan bastante pesadas.

«Dificultades con los padres —dicen las notas de la otra vez—. Dificultades con su novio.» Los problemas de Vera se concentran en el plano de las relaciones. Acudió a mí justo después de Navidad. Buscaba que la ayudase con una reacción depresiva. Es bastante más inteligente que la media, incluso puede que sea superdotada, y todo la aburre. «Estoy tan harta de todo —dijo en nuestra primera sesión, cuando le pedí que me contara por qué había venido a verme—, es como si nada tuviese sentido.» Al parecer, su novio es un hombre casado. Sus padres son investigadores —intentan probar un teorema matemático sobre el que sólo un puñado de personas en el mundo tiene un conocimiento detallado—, siempre están trabajando y, a menudo, de viaje. Sus hermanos son adultos y se han ido de casa hace mucho, y Vera, de dieciocho años y más madura de lo que correspondería a su edad, sostiene que la familia ya estaba al completo cuando ella llegó. Sus padres no deseaban tener ningún hijo más. Ella fue un accidente.

Hay mucho en lo que trabajar. Hay verdadero dolor en la vida de Vera. Y es un dolor profundo.

Reviso mi correo electrónico, dilato el tiempo antes de dejarla pasar. Sólo publicidad, nada personal. Durante un instante siento ganas de llamar a Sigurd, pero está claro que sería una tontería: son las nueve menos cinco, lo más seguro es que siga en el coche con los chicos. Tomo aliento. Tres pacientes, y luego fin de semana. Toda la noche para mí. Almorzar en casa de mi hermana el domingo y, por lo demás, ningún plan. Ir al gimnasio tal vez.

—¿Lista, doctora? —pregunta Vera cuando salgo para hacerla pasar.

Lo de «doctora» es algo que surgió durante nuestra segunda sesión. Me preguntó sobre la diferencia entre un psicólogo y un psiquiatra; le conté que yo soy psicóloga, no médica, que me he formado en el funcionamiento holístico del ser humano, no sólo en las patologías. Sin embargo, ella se centró en lo primero y dijo: «Entonces ¿no eres médica de verdad?». Me irrita admitir que me molestó; hurgó en un complejo de inferioridad que no pensaba que tuviese, y respondí, algo a la defensiva, que yo sabía lo mismo o más que un médico sobre lo que ocurre en la mente de las personas, algo que a ella le pareció cómico, y repuso: «Está bien, te llamaré “doctora”». Siempre que lo dice percibo una punzada de malestar, una sensación lacerante en la parte de atrás de la garganta que me indica que me he expuesto demasiado. De vez en cuando me pregunto si ella sabe que me molesta, si es un rasgo pasivo-agresivo por su parte, pero en realidad parece bastante sincera. Tan sólo es algo que le hace gracia.

Dejo que entre en el consultorio delante de mí. Vera tiene una estatura algo mayor que la media, es delgada, con las caderas

rectas. Sus manos son un poco grandes, cuelgan como péndulos junto a los costados, y yo la miro y me pregunto, como suelen hacer las mujeres cuando conocen a otras mujeres: «¿Es guapa?».

Podría decirse que sí. Es joven. Pero al mismo tiempo tiene algo extraño; su pequeño rostro redondeado, el cuerpo larguirucho.

—Bueno —dice al sentarse—. He discutido otra vez con mis padres. Y con Lars.

—Vaya —respondo, y me acomodo en mi sillón—. Cuéntame.

Mientras ella habla, el sol incipiente asoma por la pequeña ventana del techo e ilumina su cabello con una especie de aureola formada por los centenares de pelillos rizados que han emergido de su liso peinado. «Todas las mujeres tienen cabellos rebeldes de ese tipo —pienso—. Yo misma tengo muchísimos, más que Vera.»

Hay un patrón evidente en lo que me cuenta. Vera se siente rechazada por sus padres, que tienen tantas cosas importantes que hacer que no disponen de tiempo para ella. Dado que no es capaz de expresarles el motivo de su tristeza, nada mejora con las confrontaciones que tiene con ellos, y Vera, que entonces se siente todavía más rechazada, llama a su novio y comienza una nueva discusión con él. El novio, que está casado, volverá en cualquier caso con su esposa cuando cuelguen el teléfono, de manera que, en la discusión que ella misma ha provocado con él, de nuevo se sentirá rechazada. Vera gestiona así el ingobernable sentimiento de no ser prioritaria para sus padres en un contexto más manejable, el de su novio. Tras la primera media hora de sesión, comparto esa reflexión con ella.

—No sé —dice Vera, y arruga la nariz—. ¿No es demasiado simple? Un poco freudiano, ¿no?

—¿Debo interpretar que piensas que no es correcto?

Echa un vistazo a mi librero, como si estuviese sopesando mi hipótesis. Se toquetea con los dedos la pulsera que lleva en la muñeca, un fino brazalete de plata con una sencilla perla que hace girar entre el dedo índice y el pulgar. Es una joya demasiado adulta para ella, pienso. Las chicas que vienen a verme suelen llevar brazaletes con letras, palabras como LOVE, TRUST O ETERNITY. Esta pulsera, en cambio, es más propia de una mujer madura.

—No lo sé. Espero que no. En realidad, no creo que llamara a Lars porque quisiera sentirme mal. Creo que me estaba sintiendo mal y deseaba sentirme mejor.

—Entiendo —digo—. Y acabaste sintiéndote peor que antes.

—Sí —replica, y deja escapar un profundo suspiro—. Se podría decir que fue una mala estrategia.

—¿Qué crees que podría ser una buena estrategia?

—¿Para sentirme mejor? No lo sé. Sólo se me ocurren malas estrategias.

—¿Como cuáles?

—Autolesionarme —responde—. ¿No es eso lo típico? En mi clase hay una chica que se dedica a ello. Incluso escribe un blog sobre el tema, se saca fotos y muestra sus heridas; es enfermizo. Sin embargo, no es mi estilo. A menos que pienses en Lars como en una autolesión.

Esa última reflexión es una invitación que dejo pasar. Quiere hablar del novio, necesita conversar con alguien sobre esa relación y no tiene a nadie más a quien hacerle confidencias, pero no es eso

lo que en realidad le causa dolor. Desde mi punto de vista, Lars es un síntoma, mientras que la causa de su depresión es más profunda y está en aquello de lo que Vera no quiere hablar. Necesitamos adentrarnos en eso. Mi cuerpo está aún medio dormido y tengo que resistir el impulso de despezarme en el sillón. Detrás de Vera observo que la bruma se disipa. Hoy hará buen tiempo.

—Estabas disgustada tras la discusión con tus padres —continúo—. Querías sentirte mejor y, en vez de autolesionarte o cometer cualquier otra estupidez, elegiste algo que podría haber funcionado bien, es decir, buscar apoyo en otro ser humano. El problema es que elegiste a alguien que sabías que te iba a rechazar. Pero lo que yo pienso es: ¿y si hubieses intentado ponerte en contacto con otra persona?

—¿Con quién?

—No lo sé. Alguien en quien confíes. Una amiga, por ejemplo.

—Una amiga —repite con pesadumbre.

—¿Tienes amigas, Vera?

Ella me mira. ¿Me está midiendo? Hay un destello desafiante en su mirada cuando dice:

—Tengo muchas amigas. Por Dios, tengo montones, más de las que necesito. Pero ¿sabes cuál es el problema?

—No —respondo—. ¿Cuál es el problema?

—Son imbéciles. Todas ellas.

—Vaya —digo. Luego medito un instante y le devuelvo la reflexión—: Entonces no parece que sean muy buenas amigas.

Ella toma aliento. Su expresión se suaviza.

—De acuerdo, tal vez no sean imbéciles. Pero entienden muy poco. No te puedes ni imaginar cómo son las chicas de mi clase. Se

dedican a leer blogs de belleza y planificar la fiesta de la graduación, y piensan que no hay habilidad comparable a saber delinear las cejas de una determinada manera. ¿Entiendes? Si les preguntas sobre el amor, empiezan a hablar de cuando se metieron con uno de la otra clase. ¿De qué forma podrían ayudarme?

—Parece que, aunque tengas bastante gente a tu alrededor, en realidad no tienes a muchas personas a las que puedas acudir para buscar apoyo —constato.

—Tengo a Lars.

—Sí. Pero Lars es algo distinto de un amigo. En cierto modo, parece una vida un poco solitaria.

No le gusta ese ángulo, lo percibo de inmediato. Vera quiere que Lars sea suficiente. Se considera mejor que sus compañeras de clase, pero no quiere compasión por su situación excepcional.

—En realidad, ¿es necesario confiar tanto todo el rato, carajo?

—Yo creo que todas las personas necesitan a alguien con quien poder compartir confidencias.

Tampoco le gusta eso.

—Y tú, ¿tienes amigas con las que compartir confidencias? —pregunta, y ahora su tono desprende algo cruel, sarcástico, que me golpea con fuerza; lo noto en las tripas, el disgusto de ser objeto de un ataque—. ¿Tienes amigos del tipo que sea, en realidad?

Ha vuelto a alzar la ceja. Muchas de las chicas que acuden a mí me hablan de esa lucha por la existencia en el patio de la escuela, de las brutales estrategias para sobrevivir a la ley del más fuerte, comer o dejarse comer. Vera me observa de esa manera, de la misma forma en que la líder de la clase observa a la chica más callada de la última fila.

—Sí, los tengo —respondo, quizá demasiado deprisa—. No hablamos de temas profundos todo el rato, pero tengo confidentes. Creo que uno los necesita.

Nos contemplamos, ambas nos medimos con la mirada. Percibo que no he atinado en mi respuesta ante su jugada.

—Y uno puede trabajar para conseguirlos —continúo, intentando transformar esto en algo constructivo.

Hay un atisbo de algo que no consigo descifrar en su mirada mientras me analiza. A continuación, es como si perdiera el interés.

—Bueno —dice, y se queda mirando la perla de su pulsera, que está haciendo girar—. Puede que tú lo necesites, pero para mí no es así.

Ha sido un error. Se ha enfadado. Ha arrojado su ira contra mí, como hacen los adolescentes. Yo no he sido capaz de gestionarlo, no le he dado lo que necesitaba. En lugar de eso, he acabado por defenderme a mí misma. Vera se pasa las manos con gesto cansado por el cabello en un ademán de adulta, pero cuando las deja caer y vuelve a mirarme no aparenta ni siquiera los dieciocho años que tiene.

—Yo no necesito ningún confidente —recalca—. Lo único que necesito es amor.

Su tono es el de una niña obstinada. Casi me dan ganas de acariciarle la mejilla. Ése es el punto débil de Vera. Está tan convencida de que es más lista, más madura y sabia que sus amigas, que no intuye el alcance de todo lo que aún no ha comprendido. Tal vez sea mi labor hacer que lo entienda. Pero estoy tan cansada... Es viernes, y además la sesión está a punto de llegar a su fin.